

CLEOPATRA

(E-5)

EL PRECIO DE UN HOMBRE

Por RICARDO FERRARI



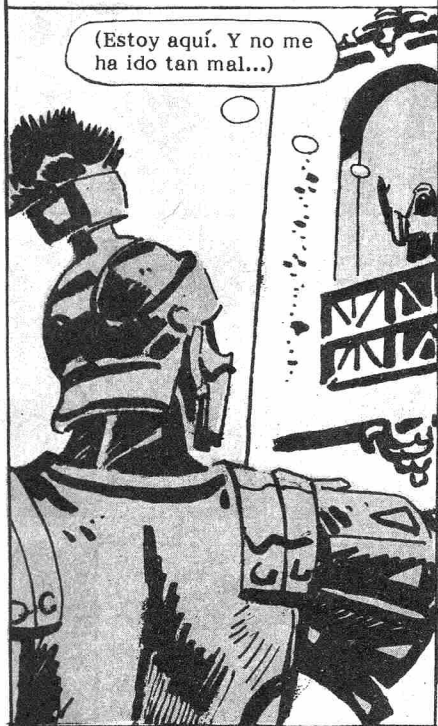
Dibujos de MULKO

Roma. ¿Cuántas veces soñé con esta ciudad? Y ahora estoy en ella. Estoy en su estruendo, y sus olores, viendo su gente, y sus monumentos. Su fuerza. Aquí, cualquier comerciante, cualquier secretario, tiene más poder que muchos reyes. Cualquier general tiene más tropas que muchos emperadores.



Un vendedor de ajos me saluda. El oficial de guardia en la puerta de la villa lo empuja, se vuelve a mí y me sonríe.

(Estoy aquí. Y no me ha ido tan mal...)



Soy esclava. Pero no una esclava cualquiera.

Ashep, acércate.

Enseguida, mi señora.



Soy esclava de ella, de la reina. De Cleopatra.

Aquí estoy, mi señora

Ashep, Ashep, ¿otra vez soñando despierta?



Soy la sombra que se mueve en su sombra. Soy la mano que anuda las tramas que su delicada mano teje. Soy la boca que dice lo que su deseada boca debe callar.

Mi buena Ashep, hoy deberás ocuparte de Publio Agrícola.

¿Él? ¿Otra vez?



La reina sonríe. Conozco esa sonrisa...He visto a los hombres más encumbrados enloquecer de amor ante ella, y a las mujeres desvariar de furor al verla.

Sé más respetuosa...Es un honorable senador.

Y también es un pobre hombrecito que casi se babea al veros. Creo que César se ha dado cuenta, y le divierte ver a ese tonto insulso rondaros.



Como sea, ese cretino es importante en Roma. Y tengo malos presentimientos. Todos saben que eres mi mano derecha. Sé terriblemente obsequiosa con él. Debes darle a entender, sin decirselo, que soy su enamorada...



Bien...Traigan a Cesarión...



A veces siento piedad por este niño. Sólo tiene dos años. Y sobre él, ya pesan sin embargo dos destinos: el de su padre, amo del más grande imperio de la tierra, y el de su madre, la única mujer que ha podido controlar al amo del mundo.

Aquí está mi pequeño...



No sé si lo quiere o no. Creo que sí. ¿Cómo saberlo, en una mujer como ella? Pero sólo lo toma en brazos cuando César está por llegar.

Vaya...Tiene los ojos de su padre...



Cuando César deja su casa y su esposa y sin ocultarse ni disimularlo viene hasta aquí, hasta esta villa que ha construido muy cerca del corazón del imperio, a ver a la mujer que él mismo llama su único amor.

Mi señor...



Y tras él, una sombra entre las sombras, Publio Agríco la sonríe, y se mira los pies para no ver a su señor besar a la mujer que idolatra.



Yo sé exactamente qué debo hacer.
Honorable Publio, mi señora me ha indicado expresamente que te atienda.

Te ruega que la disculpes. Entiéndela... César se ocupa cada vez menos de ella. Si vinieras otros días, y no sólo acompañándolo...



Publio mira el vino en su copa. Se mira reflejado en él, y por un instante se conmueve, sin terminar de entender lo que siente.



Y deslizo la frase como quien hunde un fino puñal directamente en el corazón de un hombre indefenso.



Sus ojos se redondean. Una sonrisa de triunfo se insinúa en él. Pero sólo se insinúa.



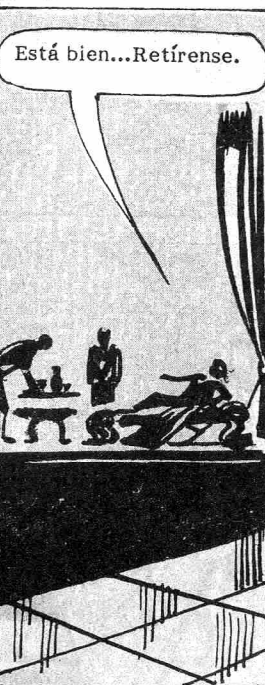
Se vuelve y mira la casa. La brisa nos trae la risa tintineante de la reina.



Cleopatra se ahoga de risa. Trata de recuperar el aliento, y casi no lo logra.



De pie ante su esposa, Publio Agrícola espera. Siempre lo hace. Sólo hablará cuando ella le pregunte.





Te diré qué harás. Cuando mañana te reúnas con los conjurados, pedirás que la maten. Pero sobre todo, que maten al hijo. Lleva la sangre del César... Tal vez, algún día reclame su lugar.

Sólo entonces el hombrecito parece reaccionar.

¿Al niño? ¿A Cesarión? Sólo tiene dos años. Yo creo...



El rostro de la mujer se transforma en una máscara de furia. Pero hay en sus ojos cierto maligno placer.

¿Tú? ¿Tú opinas? Escucha, Publio Agrícola...



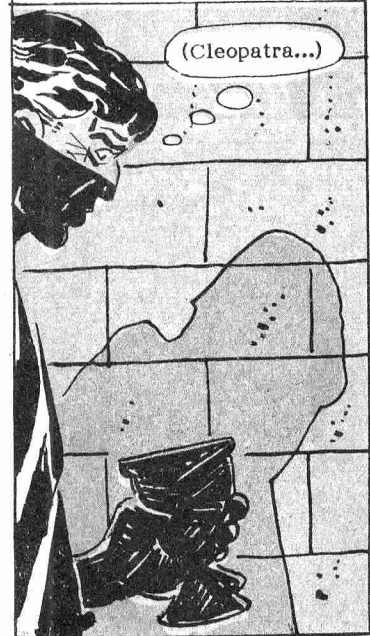
Estás en el senado porque mi padre no tuvo hijos varones. Te escogí entre todos los que me cortejaban porque eres obediente, y en cuanto dejes de serlo simplemente me libraré de ti. Tú, hombrecito, eres mi instrumento... Y los instrumentos no opinan.



Ven. Siéntate y cóme. Pero no bebas mucho. Esta noche... Bien, esta noche tal vez te preste atención...



Alza el cáliz, y cuando va a beber, se ve reflejado en el vino. Y recuerda.



(Cleopatra...)

Cleopatra se desprezaba en su lecho. Su cuerpo perfecto parece vibrar tras el lino semitransparente que la envuelve, no para cubrir su belleza sino para realzar su sensualidad.



Ah... Una mañana fresca. Me hace acordar a las mañanas junto al padre río, el Nilo...

¿Qué haces aquí? Y te estás riendo...



Publio está aquí, mi señora.

Los ojos de gato centellean. He visto eso muchas veces. Y sé que ese hom-
brecito está perdido.

Te diré qué haremos.



Pasa, por favor. Pero no hagas ruido. Mi señora no se siente bien hoy. Quiere verte, pero no podrá hablar contigo.



Da dos pasos, mientras sus ojos se acostumbran a la penumbra. Y cuando ve a la reina, no puede seguir.

Por Júpiter...



Y de pronto da media vuelta y sale, ruborizado y tem-
blosoro.

¿Qué te sucede, señor?

Nada...Nada.



Dí a la reina que se acer-
can horas terribles. Pero
que yo acudiré a salvarla.
Que confie en mí.

¿Qué pedirás a
cambio?



Se vuelve y mira la penum-
bra del aposento, donde más
que ver adivina el cuerpo
perfecto en el lecho desor-
denado.

Ella sabe...

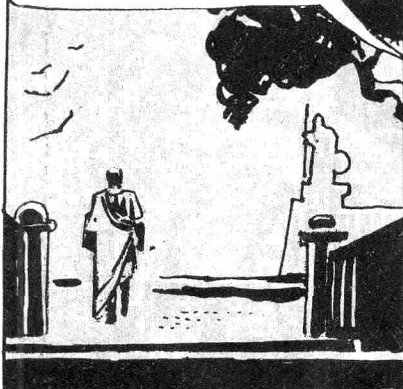


Y se va.

Pobre hombrerito...



Míralo...¿Qué cosa tan terrible es-
tá por suceder, que este personaje
insignificante se atreve a codiciar-
me?



Estaba a-
sustado...



Sus ojos. Sus ojos de animal acorralado.



Muy, muy asustado...

Sentados a la luz temblorosa de las antorchas, los hombres graves hablan en susurros. En la puerta, guardias, espada en mano vigilan la calle. En un rincón, silencioso y pequeño, Publio Agrícola escucha y asiente.



Por fin, Bruto se pone de pie. Todos se callan y lo miran.



Se hará mañana.

Es para mí terrible dirigir a los que matarán al hombre que me adoptó como hijo. Pero es lo único que salvará a Roma.



Hay...Hay otro peligro.

Todos se vuelven, y Publio siente que la cara le arde de vergüenza. Pero sabe lo que se espera de él. Y sabe lo que sucederá si no cumple.



Cesarión...Reclamará el lugar de su padre cuando tenga edad para hacerlo. Y Cleopatra es otro riesgo. Hay que...Hay que...

Nadie termina la frase. Y él palidece, y se apaga, y pronuncia casi en susurros la última palabra.



...matarlos.

Bruto sonrío. Aún en medio de la tormenta de remordimientos que ya lo envuelve, este hombrecito lo divierte en su propio patetismo.



Ah...Tu esposa no desea dejar ningún cabo sin atar...No mataré niños. Si tú quieres hacerlo, tienes autoridad. Llévalos a cualquier guarnición, y ordena que los decapiten. Pero no esperes nuestra ayuda.

Y habiendo hecho lo que se le mandó, se pone de pie y sale.

Allá va... ¿Cómo es posible que una persona sea tan absolutamente manejada por otra?



Con infinita tristeza, Bruto, el que se precipita a un vórtice de sangre y angustia, habla a todos y a nadie.

¿Y a nosotros? ¿Quién nos maneja a nosotros?

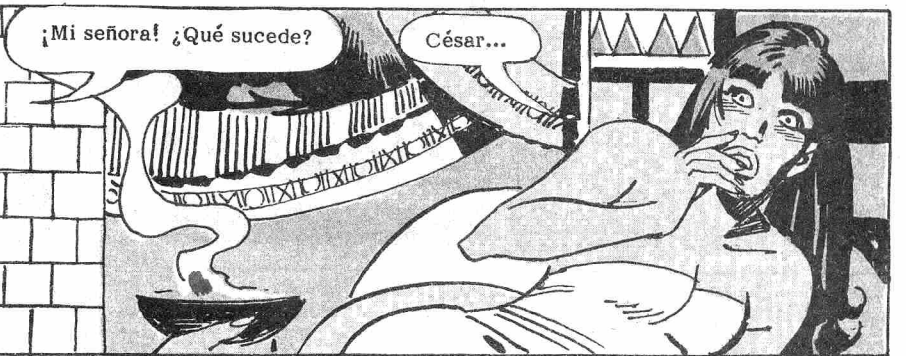


¡No!



¿Mi señora! ¿Qué sucede?

César...



Soné con César. Me sonreía. Y de pronto... De pronto vi puñales... Y sangre...



No...

Abajo, en el jardín, los veteranos entran con sus armas y su terrible silencio.

Uno de ellos levanta la cara y la mira. Y en el rostro curtido de este germano ruedan dos lágrimas.



César...



Mataron a nuestro César...



Al pie de la estatua de Pompeyo, con la cabeza cubierta por su túnica, empapado de sangre y roto de puñales, yace Julio César, el hombre que cambió el mundo.

Y junto a él, Bruto comprende que no importa con qué palabras adorne lo suyo es traición. Y comienza a morir un poco.



César...



Por los dioses... ¿qué he hecho?



¡Padre, qué te he hecho!



¿Qué pasará conmigo?

César sabía que esto podía suceder. Y tenemos órdenes. Te sacaremos a ti... y a Cesarión, de Roma. Ahora. Ya.



Cleopatra mira al guerrero. No entiende a este hombre.

¿Por qué? Te pagarían mucho oro por la cabeza de este niño.

Tú no comprendes... No pudimos ayudar a nuestro César. Pero salvar a su hijo, es como salvarlo un poco a él...

La reina arde de furia. Trabajó por años para ser la dueña desconocida del mundo. Y todo desaparece.

Y ese hombrecito...Publio Agrícola lo sabía...

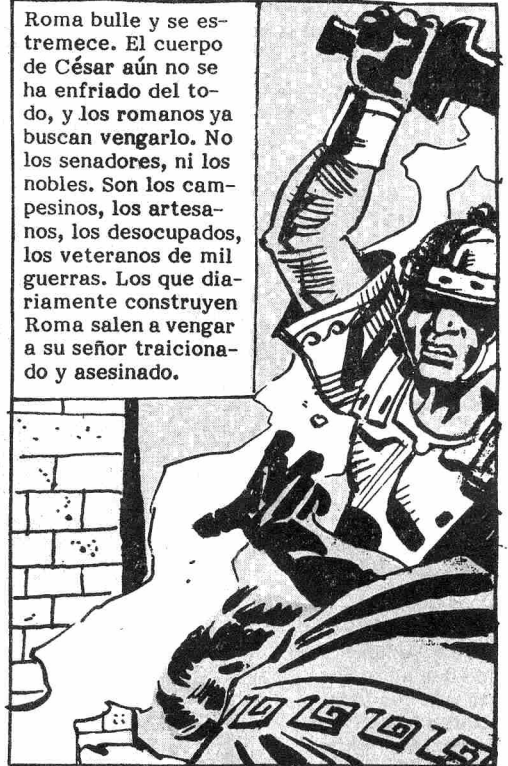


Ashep, te daré la libertad, y un pequeño tesoro. A cambio, hay un último servicio que me prestarás.



Como ordenes, mi señora.

Roma bulle y se estremece. El cuerpo de César aún no se ha enfriado del todo, y los romanos ya buscan vengarlo. No los senadores, ni los nobles. Son los campesinos, los artesanos, los desocupados, los veteranos de mil guerras. Los que diariamente construyen Roma salen a vengar a su señor traicionado y asesinado.



A media noche llega una silueta silenciosa y abandonada. Nunca como ahora me ha parecido tanto un animalito insignificante y asustado.



Aquí viene...

¿Dónde está el niño?

Legionarios se lo llevaron. Es el hijo de su general, y quisieron salvarlo.



Publio se encoge de hombros. Parece un sonámbulo.

Bien...Vamos. Hay un carro esperando.



Mi señora espera con ansias darte tu...paga.



Pues no me dará nada. Mi verdadera misión es llevarla a donde la maten.



No hagas eso...Desea ser tuya. Llévala adonde quieras. Pero hazla tuya. Conviértela en tu esclava si lo quieres...Pero no la mates antes de poseerla.

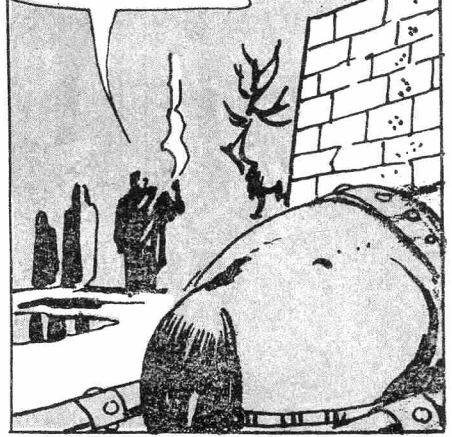


Tú no comprendes.

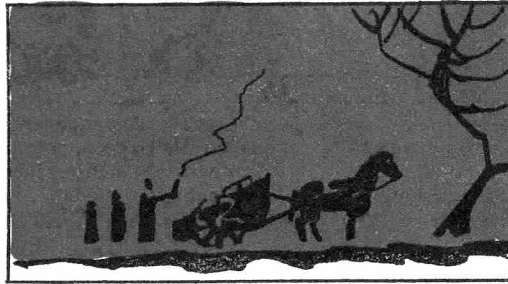
Si la mato, será por temor a mi esposa. Si huyo con ella, será para vengar mi vida miserable teniendo a la mujer más espléndida de la tierra.



Pero en los dos casos, estaré haciendo lo que me mandan. Y ya estoy harto de ser un hombre que siempre es comprado, con amenazas o con dádivas.



Véte. Huye. yo perderé todo lo que tengo. Tal vez la vida. Pero no me interesa.



Y de pronto los ojos se iluminan, y una extraordinaria sonrisa le redime el rostro obscurente.



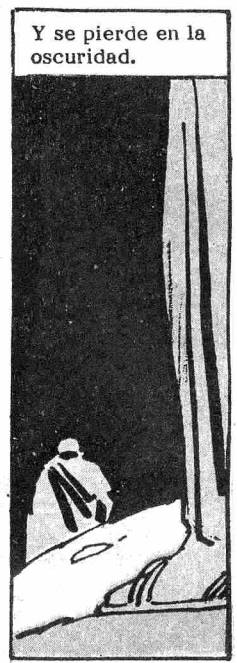
No tengo miedo. Soy libre...



¡Ashep! ¿Adónde vas?



Tú...Tú...Maldito seas... Tú...





Te ofrezco toda mi fortuna porque pases una noche conmigo.

No.



Toda mi fortuna porque bese mi mano.

No.



Toda mi fortuna porque pronuncies mi nombre...

No.



¿No comprendes? Ya no tengo precio. Ya nadie puede comprarme.

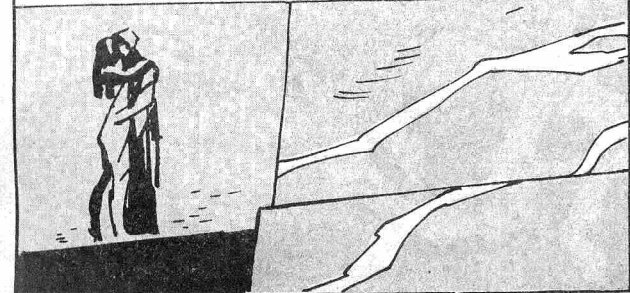


Sólo quería estar segura...

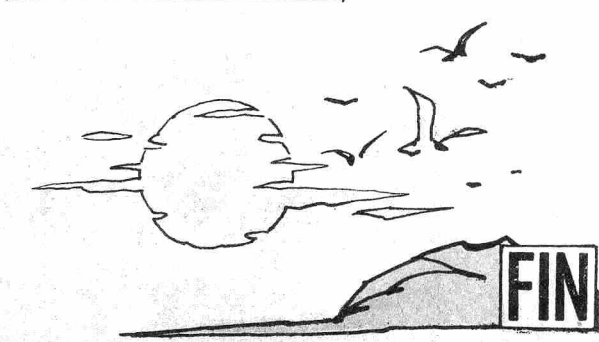


Te amo...

Alguna vez escribiré a Cleopatra contándole cómo falló su venganza, y cómo me enamoré de este hombre. Y se lo contaré a él. Y le describiré la ira de ella, porque se enfurecerá. Y ambos reiremos.



Sí. Tal vez algún día lo haga...



FIN